

Vallejo, el placer de vivir en París

CARLOS MENESES

El poeta César Vallejo, nacido en Santiago de Chuco, Perú 1892, llegó a París en julio de 1923, y murió en la misma ciudad en abril de 1938. En los quince años desde su llegada y su partida definitiva todos los que conocen su obra y algo de su vida, saben que no sólo escribió poesía, así como también que no fue posible que se dedicara exclusivamente a la literatura. Su río poético fue interrumpido muchas veces por las fuertes depresiones económicas que sufría y que lo obligaban a realizar otros trabajos, por ejemplo periodismo. O conseguir la ayuda de amigos mejor situados que él para poder superar momentos graves, como por ejemplo la beca que su amigo Pablo Abril de Vivero le consiguió en Madrid. Pero el periodismo no le era del todo desconocido y lo practicó con asiduidad y acierto. Como también escribió teatro, novela, cuento y ensayo. Y a pesar de tanta tarea literario-periodística hubo espacio para otra actividad a la que abrazó con tanto fervor como la poesía, la política.

Las razones principales de la presencia del poeta peruano en París son, por una parte, la atracción que ejerció sobre él el mundo cultural francés. Por otra, el duro golpe que le significó sufrir cárcel, por injustos motivos políticos, durante casi un año. El temor a que su caso se reabriera y pudieran volverlo a encerrar en una cárcel peruana lo martirizó hasta hallándose en Europa, y muchas veces temió que desde Lima llegara una orden a la Embajada del Perú en Francia pidiendo que se le enviara a su país. Esos dos motivos, el degustar de un lugar, y el temer a otro, aunque en diferentes proporciones determinaron la larga estancia del poeta de *Los heraldos negros* en la capital francesa.

Hay varias versiones sobre la vida que llevó César Vallejo en París, ciudad que abandonó en escasas ocasiones y sólo una vez por largo tiempo. La más generalizada es la que lo muestra atrapado en una procesión de días de ayuno, pero a pesar de ello sin máculas en la consideración hacia la ciudad que lo alojaba. A nadie escapa que Vallejo como buen mestizo de hispano e indio quechua, llevaba en la sangre el acento de la tristeza, la tristeza andina que hace mirar todo con nostalgia, en consecuencia el poeta añoraba su tierra natal, pero a la vez amaba los días parisinos, los cafés, la belleza de la ciudad, el movimiento literario y en general artístico, le fascinaba el vino francés y no podía dejar de elogiar el encanto de la mujer francesa. El Perú era la tierra de su infancia, de su primera juventud, esos años en que todo es ilusión, en los que se sueña un futuro dorado. Francia se convirtió en una escuela para su pensamiento, en la lección de vida que su temprana madurez necesitaba.

En París escribió incansablemente. Desde cartas diarias a sus muchos amigos desparrramados por Europa y América Latina, a poemas recordando a su Perú natal, a su pueblo Santiago de Chuco, a Trujillo donde estudió. En París alcanzó el grado de bohemio que en su país ejerció en un tono menor. El Perú tan querido por el poeta podía convertirse en el dolor de volver a sufrir cárcel. Francia la claridad, el mundo de puertas abiertas, aunque algunos días escaseara el pan y debiera ser frugal con el vino.

Desde París César Vallejo alentó la necesidad de una literatura y un arte propios de América Latina. Algo auténtico que no se trabajara en moldes europeos. Sus conceptos en este sentido eran claros y los expuso en muchas ocasiones. En el artículo titulado: “Una gran reunión latinoamericana”, escrito en enero de 1927 mantiene el criterio mencionado señalando: “La versión que hay que hacer es de las obras rigurosamente indoamericanas y precolombinas. Es allí donde los europeos podrán hallar algún interés intelectual, un interés por cierto, mil veces más grande que el que puede ofrecer nuestro pensamiento hispanoamericano”.

Pero también, y en el mismo artículo, hace mención de las diferencias entre los escritores y artistas hispanoamericanos. Los divide en dos grupos, los oficiales y los no oficiales. Dice entonces: “La esfera oficial está formada por quienes vienen a París a brillar y triunfar y por quienes, debido a sus cargos diplomáticos, están obligados a una vida espectacular y cortesana, que muchas veces está lejos de agradarles. La esfera no oficial está formada por quienes vienen a París a vivir libre y honestamente, sin premuras de llegar, ni preocupaciones de relumbrón. La esfera oficial opera de smoking (...) la esfera no oficial (...) no opera sino actúa, que es diferente”.

El poeta de Santiago de Chuco no era un hombre huraño, que rehusara la amistad y no le gustara la conversación. Tampoco se trataba de un desinhibido. Esta normalidad en el trato con los demás la demostró en varias oportunidades, y aun ahora se puede comprobar, amigo de Gómez Carrillo, de Alcides Arguedas, de Pablo Picasso, los hermanos Abril de Vivero, Ibáñez, Juan Larrea y de casi todos los intelectuales latinoamericanos que vivían en Francia y en España. Bastaría con ver las fotos que hay de él para encontrarse con el hombre dispuesto a la amistad, a la solidaridad. Sus cartas muchas veces son las que conducen a conocer esos bellos recovecos del alma vallejiense. La forma tan emotiva y cariñosa con que trata a sus amigos dando la sensación de que los está abrazando con cada palabra que les escribe. En otro artículo fechado en París en agosto de 1926, pone de manifiesto su perfecta introducción en la sociedad francesa, el artículo se titula: “Gaston Guyot, el nuevo Landru” y nos dice:

...la crisis de Francia es más honda de lo que se cree a primera vista. Esta crisis económica sólo podrá ser solucionada por un serio y reposado movimiento moral de la nación. Una crisis parecida no se salva de un solo golpe, pagando una deuda o anulándola.

Clara y concluyente demostración de que el poeta no sólo escribía versos o se dolía de no estar en su Perú a través de un drama teatral, ni dilapidaba su tiempo en los cafés o en horas dedicadas a la frivolidad. Llegó a amar París, a no querer abandonarla nunca, pero eso no fue óbice para que no la mirara con seriedad y estableciera juicios críticos sobre ella.

El hecho mismo de querer morir en París ya es una demostración clara, fehaciente, de ese cariño surgido entre el poeta y la capital francesa. Posiblemente influía la distancia entre París y Lima o Santiago de Chuco. Las imposibilidades económicas. El hecho de tener una esposa francesa. Muchos elementos que lo hicieron escribir aquel famoso poema en el que anunciaba que se moriría en París. En el poema, “Piedra negra sobre piedra blanca” exclama: “Me moriré en París con aguacero,/ un día del que tengo ya el recuerdo”. Difícilmente se elige un lugar para morir con tanta precisión. El poema fue escrito un año antes de su fallecimiento.

Tanto en su epistolario, muy copioso, como en sus poemas y, sobre todo, en sus artículos periodísticos, se aprecia palmariamente la fusión del pensamiento del poeta de Santiago de Chuco con el espíritu parisino. Hay artículos como: “La fiesta de las novias de París”; “Deauville contra Ginebra” o “Los funerales de Isadora Duncan” que, aparte de su calidad, que indudablemente la tienen, destaca el conocimiento de París y su gente, su integración total en ese mundo. En el primero de los artículos nombrados Vallejo establece un paralelismo entre las Naciones Unidas, con sede en Ginebra en aquellos años veinte, y la bella población veraniega de Deauville, de 3600 habitantes en aquella época, y le da mayor importancia a la localidad playera que en verano aumentaba sus cifras a 18000 habitantes. El motivo lo expresa muy bien, “Deauville tiene un programa muy simple: la búsqueda del placer”.

Su artículo sobre los funerales de Isadora Duncan demuestra que Vallejo participaba de la vida cultural activa de París, lo dice él mismo refiriéndose a la gran bailarina muerta trágicamente: “Yo la vi en su último recital del teatro Mogador, en julio de este año (se refiere a 1927), bailar —con ya moribundo brillo— la Sinfonía Inacabada de Schubert y Tannhauser”. El poeta ayunaba de vinos y panes, como es de todos conocido a través de sus cartas, pero no del alimento del espíritu. Las posibilidades de tener a la mano cine, teatro, ballet, canto, libros, diarios, belleza en toda su extensión y todo de primer orden era uno de los motivos principales que ataba al poeta a esa ciudad.

La pobreza de César Vallejo está comprobada, no fue la pobreza llevadera de quien cobra un sueldo mensual aunque exiguo y que con esfuerzos puede llegar al final de mes, fue un transcurrir zigzagueante entre esa frugalidad a que impone la brevedad de unos ingresos y la austeridad ilimitada a que obliga la ausencia de ingresos. En carta enviada de París a Madrid, a su amigo peruano, el poeta y diplomático, Pablo Abril de Vivero, con fecha 2 de octubre de 1926, le dice textualmente: “De mis 330 pesetas cobradas en Madrid no me quedó casi nada, después de mis gastos de pasaje, derechos de examen y de nueva matrícula, hotel etc. etc. Usted ya puede comprenderlo. En estos momentos carezco de medios en absoluto. Por eso, abusando de su excesiva gentileza para conmigo, le ruego, si su situación económica le permite, me haga el favor de prestarme 200 pesetas, las mismas que las devolveré religiosamente en los primeros días de noviembre, en que iré a Madrid”. Estos duros momentos no eran aislados en la vida del poeta, hay otras cartas, de otras fechas en las que clama por lo mismo: un préstamo de pesetas, a sus amigos españoles, entre ellos Gerardo Diego.

Pero su situación económica no es óbice para que sepa paladear la alegría de una fiesta. Vallejo siempre estuvo dispuesto a la charla, al baile, a libar unas copas y a mos-

trarse fraterno con quien lo necesitara sea durante un ágape o en los momentos más tristes de su vida. En el artículo “La fiesta de las novias de París”, escrito con gran ternura y demostrando que vive y actúa en París como uno de casa, reflexiona ante la fiesta de las niñas que buscan novio ese día: “París es, en medio de un jolgorio excesivo y epiléptico, una cosa, sin duda, emocionante y dolorosa. Hay entre las niñas que buscan novios de ilusión, príncipes encantadores o siquiera un Rodolfo Valentino, con un poco de *gigoló* y un mucho de Apolo anacrónico, una cabecita ambigua, extraña e inquietante”. Las elucubraciones que parten de sus miradas sobre la fiesta en plena calle y las chicas que alegran la reunión hacen surgir al poeta en toda su dimensión.

Vallejo vivió en París entre julio de 1923 y diciembre de 1930, con algunas pequeñas ausencias, dos veces visitó Rusia, paseó por ciudades francesas como Niza, Deauville, Brest, Marsella y otras. Conoció buena parte de España e Italia. Pero en diciembre de 1930 se le obligó a abandonar Francia por razones políticas y buscó refugio en España. Su vida no varió mucho con el cambio de país. Siempre estuvo dominado por la pobreza, siempre clamó por un préstamo que como él prometía, devolvía religiosamente, y siempre tuvo que buscar trabajos de traductor, de corrector de estilo o publicar libros como el que tuvo tanto éxito en España: “Rusia en 1931”, que llegó a ser un *best seller*, pero del que el autor sólo vivió las mieles de la crítica, y no las de sus derechos de autor que tras la primera entrega no volvió a cobrar. Gajes del oficio. Pero ya en 1932 encontramos a Vallejo nuevamente instalado en París. Para sobrevivir su esposa, Georgette ha debido vender algunas pertenencias heredadas de su familia y la pareja ha de vivir en hoteles o en apartamentos de alquiler.

La atracción que sobre el poeta ejerce más que Francia, París, se manifiesta en muchas formas. Una de ellas se advierte en el poema “El buen sentido”, algo así como un canto a su madre, en cuyos versos le dice, por dos veces, la importancia de París. Con la sencillez con que siempre escribía Vallejo, sobre todo en su poesía, le señala el valor de la Ciudad Luz: “Hay, madre, un sitio en el mundo, que se llama París. Un sitio muy grande y lejano y otra vez grande”. Y versos más abajo reincide en lo mismo con mínimas variantes: “Hay, madre, en el mundo un sitio que se llama París. Un sitio muy grande y muy lejano y otra vez grande”. La grandeza de extensión, de espacio la da el primer “grande” del poema. La grandeza que concede el prestigio, el alto nivel cultural, la presencia de los grandes escritores, pintores, poetas, músicos, la confiere el segundo “grande”.

Cuando Vallejo abandonó el Perú, en compañía de su amigo Gálvez, sus amigos, sus familiares debieron pensar que se trataba de un paseo. De una estancia a tiempo limitado. Aunque los muy allegados a él sabían del terror que el poeta sentía ante la posibilidad de que se reabriera su caso, la acusación injusta de que él había participado en un violento acto político, con destrozos y víctimas. Sabían que había atracción. Europa lo atraía poderosamente. Pero también había decisión de huida en su viaje. Adoraba su tierra, pero temía que pudieran volver a caer sobre él los anatemas de lo más rancio de la sociedad peruana. Hay quienes opinan que si Vallejo hubiese vuelto su producción habría sido más abundante. Nadie se atreve a decir que mejor. También nadie niega la importancia que tuvo para el poeta vivir en París pero hubieran preferido que dos o tres años después de esa estancia en la capital francesa se operara la vuelta del poeta al Perú. Hablar de lo que pudo

haber sido es sólo una especulación, hasta se le puede llamar una metáfora. Vallejo realizó en París buena parte de su obra, en cantidad la mayor parte, en calidad carece de importancia medir verso a verso, frase a frase. No se puede especular pensando que en el Perú hubiera vivido mejor. Tampoco señalando afrancesamiento, porque no lo hubo. Una cosa era la emoción, el atractivo que ejercía sobre él París, otra era su conversión en parisino. Se integró en esa sociedad, sintió todo como si fuera de ese sitio, pero mantuvo su condición mental y espiritual de peruano. Vivieron siempre con él los recuerdos de la tierra, la familia y los entrañables amigos.

En una elevada cifra de los poemas pertenecientes a “Poemas Humanos”, se encontrarán nombres de calles, citas del río Sena, referencias a determinados acontecimientos franceses y, por supuesto, el nombre de París. No había en absoluto olvidado al Perú, desde los 10000 kilómetros de distancia con su tierra la seguía recordando con amor, con una nostalgia que conjuga plenamente con el carácter del poblador de las regiones en las que nació el poeta. Pero la mayoría de sus referencias empezaban a ser francesas o, en general, europeas. En el poema titulado: “Sombrero, abrigo, guante” menciona el teatro de la Comedia Francesa, el café que se halla enfrente, pero lo hace con pleno conocimiento de esos lugares, como si los hubiese frecuentado desde mucho tiempo antes. Otras demostraciones de ese apego a París se tienen en los poemas: “París, octubre 1936” y el que dedicó a su gran amigo muerto, Alfonso de Silva. La cita de calles en este segundo poema es abundante “rue de Ribouté”; “Hotel des Ecoles”; “Monsieur Fourgat” y otros. En tanto que en el primer poema mencionado, aparte de alusiones a lugares como los Campos Elíseos sitúa la acción en la capital francesa.

En algunos momentos Vallejo miró hacia otros países. El poder del ayuno lo llevó a un debilitamiento muy fuerte y su hundimiento físico lo obligó a mirar hacia otros países. La esperanza, en estos casos es una especie de flotador y a la vez un faro que ilumina lejanas orillas. Y el poeta pensó primero en Estados Unidos, después en la Unión Soviética, la que visitó y, aunque al volver mostró beneplácito por haberla conocido, tenía muy claro que ese no era el país que lo iba a salvar de la pobreza, según observa su amigo el célebre poeta, Juan Larrea. Consideraba que el idioma era una barrera muy alta. Hacia 1928 hubo un intento de retornar al Perú, y contó con el apoyo económico para hacerlo. Uno de sus momentos sentimentales de mayor fuerza e importancia debieron hacerle cambiar de opinión. Un año antes Vallejo había conocido a Georgette, quien sería su compañera inseparable hasta el final de sus días.

La historia de este romance se cuenta desde diferentes puntos de vista pero todas las versiones desembocan en lo mismo, que el poeta abandonó a Henriette con la que vivía desde aproximadamente 1924 y pasó a vivir, sólo en 1929, con Georgette. Se asegura que Vallejo veía a Georgette con quien aún no tenía amistad, a través de las ventanas abiertas de las viviendas de ambos. Él en un hotelito, ella en un apartamento situado justamente enfrente. Ambos edificios en el barrio de la Opera. Mientras el poeta veía a una bella adolescente, la muchacha desde su ventana se enteraba de lo mal que se llevaba Vallejo con Henriette, con quien se dice tenía continuas discusiones. Y el gran inconveniente para que ambos fisgoneadores pudieran iniciar su idilio se hallaba en la madre de ella. Sólo a la muerte de esta señora pudo producirse la reunión de los dos enamorados. Hay una esce-

na casi de opereta en la que se encuentran en un comercio cercano a la residencia de ambas, Georgette y Henriette, y esta última se queja con amargura a otra vecina de que su pobreza le impedía volver a su Normandía natal. Al escuchar este clamor, Georgette, mejor situada económicamente, abrió su bolso y le preguntó cuánto necesitaba para marcharse. Posiblemente hay mucha fantasía en esta versión, y sin duda son muchos puntos de vista los que han confluído sobre este tema y han dado como resultado esa escena de humor fácil y tachonada de cursilería.

Es a partir de 1929 cuando aparece la nueva pasión de Vallejo, la política, que lo acompañará hasta el final de su vida, y que será motivo para que un año y medio más tarde se le expulse de Francia. Conocedor de la Unión Soviética a la que ha ido dos veces y sobre la que escribirá su famoso libro: "Rusia 1931", solamente se inclina hacia el comunismo y se convierte en un gran defensor de las ideas de Karl Marx, cuando unos amigos peruanos vuelven de Moscú a París y le cuentan los últimos acontecimientos ocurridos en aquel país y cómo evoluciona el pueblo soviético. Años antes, la poesía de Vallejo y, en general, toda su obra ya prefiguraba las tendencias políticas del poeta. Su gran sentido de amistad y solidaridad, su emoción ante los cuadros de pobreza, y sus grandes ansias de igualdad y justicia, no podían tener ningún otro camino que no fuese ese.

Con respecto a la expulsión de Vallejo por las autoridades políticas francesas surgen varias teorías, como también ocurre con muchos otros aspectos de su vida. Georgette y Larrea siempre discreparon sobre este asunto y ambos escribieron sus versiones. La esposa del poeta da a entender que no fue una expulsión conminatoria en la que se le daba a su marido setenta y dos horas para que abandonara el territorio francés, y que la salida de Francia hacia España no resultó traumática para Vallejo, porque más bien fue algo así como una liberación, cambiar de ambiente era lo que necesitaba puesto que se hallaba en un mal momento, sin saber hacia dónde dirigir su pensamiento. Igualmente la esposa niega la total entrega de Vallejo al comunismo, pero es una negación un tanto feble, ya que afirma que su marido sí tuvo una gran actividad partidista tanto en París como en Madrid.

Una carta del poeta a su amigo y protector en muchos casos, Pablo Abril de Vivero, fechada en octubre de 1928, cuando se halla próximo a emprender el primer viaje a Moscú, viene a demostrar la certeza de la afirmación de Georgette en el caso de la desorientación que en determinado momento sufre Vallejo. Un fragmento de dicha carta dice lo siguiente: "Me doy cuenta de que mi rol en la vida no es este ni aquel y que aún no he hallado mi camino... Quizás en Rusia lo halle ya que en este otro lado del mundo donde vivo, las cosas se mueven por resortes más o menos semejantes a las enmohecidas tuerkas de América". De Rusia no volvió decepcionado, pero sí convencido de que no podría vivir en ese país porque aprender la lengua le resultaba abrumador.

A veces se tiene la imagen de un Vallejo quieto, pacífico, resignado, viviendo en París dispuesto a soportarlo todo sin protestar. De acuerdo a los amigos que tuvo, en su mayoría peruanos o latinoamericanos, llevó una vida muy vigorosa. Sus amistades sumaron algo más que muchas docenas. Gente muy variada que le permitió introducirse en diferentes ambientes parisinos, aparte de su condición de periodista que le abría muchas puertas, sobre todo, de espectáculos culturales. También se le somete a una visión de man-

sedumbre dentro del fanal de pobreza en el que vive, y no parece ser así, o por lo menos, en la mayoría de sus días parisinos no lo es. Su inquietud permanente lo conduce a la política convencido de que a través de ella puede lograr lo que con la poesía no consigue. Y la necesidad lo arranca de las horas tranquilas escribiendo sus versos para llevarlo a editoriales, teatros, periódicos, sitios donde conseguir la forma de incrementar sus ingresos.

Cuando al volver de España a París se conoce que ha reeditado en Madrid su libro *Trilce*, la revista *Comedia* de esa ciudad publica un artículo en el que se puede leer (traducido del francés) “Vallejo ha inventado el surrealismo antes que los surrealistas”. Hay que tener en cuenta que *Trilce* se publicó en Lima en 1922 cuando el surrealismo de Breton y Aragon daba sus primeros balbuceos y que sólo empezaría a dar sus mejores frutos entre 1923 y 1925. También se producen dudas al cotejar opiniones de biógrafos, parciales o totales, a cerca del intento de Vallejo por estrenar sus obras de teatro. Se asegura que en Madrid Federico García Lorca hizo cuanto pudo para que se aceptara por lo menos uno de esos dramas y no lo consiguió. Se sabe por la viuda del poeta que en París intentó, ya sin ninguna colaboración de amigos, que algún director teatral aceptara alguna de sus obras pero no hubo suerte, todas las piezas teatrales quedaron sin estrenar.

Esos esfuerzos desorbitados del autor de *Trilce* (palabra que pertenece al propio cuño del poeta) por estrenar, no se debían a su deseo de alcanzar prestigio y recibir aplausos, sino a las imposiciones de la necesidad económica. El estreno en París o en Madrid, o en la ciudad que fuere, le habría significado unos ingresos que necesitaba con urgencia. Lo mismo pasó cuando escribió “Rusia en 1931”, trabajó febrilmente durante dos meses, en Madrid, para entregar sus originales a la editorial y ver convertido su esfuerzo en pesetas. Y se sabe de la gran satisfacción que tuvo cuando sus amigos españoles, Aleixandre, Bergamín, Diego y Alberti consiguieron que se reeditara su poemario *Trilce*, y que le significó unas milagrosas pesetas. No cabe duda de que el poeta no era modesto en sus gastos en las escasas etapas de su vida en que pudo disponer de dinero. Una muestra de esto se tiene cuando tras vender algunas pertenencias heredadas por su mujer realiza un larguísimo y fructífero viaje a Rusia, que supo aprovechar muy bien ya que permitió visitar muchas ciudades que se hallan en el camino u otras a las que va especialmente, como Venecia, por ejemplo.

Al morir Vallejo en 1938, Juan Larrea escribe una nota necrológica de la que destacamos una frase: “Desde la ventana de su cuarto de hotel, durante muchos años, Vallejo ha contemplado París con una voluntad encendida de amor...”. Otra prueba irrefutable del cariño del poeta hacia la capital francesa, y de la satisfacción que el vivir en esa ciudad le proporcionaba.